

**LA POLÍTICA  
EXTERIOR DE LA II  
REPÚBLICA  
(1931-1939)**

**ANTONIO GÁLVEZ CARTAGENA**

**LICENCIADO EN HISTORIA POR LA UNED**

## **LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA II REPÚBLICA ESPAÑOLA (1931-1939)**

### **1.- INTRODUCCIÓN.**

Con el advenimiento de la Segunda República se abrió en España una era de esperanzas, de reformas y se intentó modernizar España. Con estas premisas en la política exterior española también se produjeron cambios, se elaboró una política exterior acorde con los principios recogidos en la Constitución republicana: pacifismo, democracia, neutralidad y una apuesta por la Sociedad de Naciones en busca de la seguridad colectiva. Estos cambios suponían una ruptura con la diplomacia del pasado elaborando una política exterior radicalmente novedosa, esta ruptura supuso, en este campo, una renovación que impulsara la política exterior española dentro de las nuevas directivas del sistema internacional, más concretamente dentro de las coordenadas europeas de la “*política de la paz*”, para ello la República hizo una reformulación de la neutralidad española, sin olvidar otros ámbitos tradicionales de la acción exterior española: el Mediterráneo, la Península Ibérica e Hispanoamérica. El nuevo régimen se propuso romper con el tradicional aislamiento internacional e integrar plenamente a España en el mundo. Esto significaba apostar por el sistema de seguridad colectiva, poniéndose al nivel de las democracias europeas de su tiempo, y cumplir con el deber de implicarse en la construcción y el mantenimiento de la paz.

### **2.- LA POLÍTICA EXTERIOR DEL BIENIO REFORMISTA.**

La proclamación de la República produjo un cambio profundo de la política exterior española. Pero entre los negros nubarrones que rodeaban al nuevo régimen y en los pocos atisbos esperanzadores que aparecían en el horizonte hay que encuadrar la política exterior de la II República, en ese momento aún no había fracasado la Conferencia de Londres de 1932 que buscó una respuesta conjunta y solidaria para salir de la crisis económica, aún se tenían esperanzas en el éxito de la conferencia de desarme, en julio de 1932 se solucionó el problema de las reparaciones, y en 1931 no era todavía inevitable el ascenso al poder de los nazis.

Para Azaña los problemas de política interior primaron sobre los internacionales, pero la política interior que diseñó, afectaba de forma indirecta a la política exterior, tengamos en cuenta su idea de transformar radicalmente el Estado, en este contexto es fácil de entender la preocupación por renovar el personal diplomático, renovación en la que era capital la fidelidad republicana. El presidente del Gobierno republicano priorizó en su labor gubernamental sus reformas interiores, lo que explica una cierta indiferencia hacia la actividad diplomática española. Aunque sí hay un verdadero interés del dirigente republicano en la política exterior española desde una óptica ética, ya que uno de los

objetivos de la República era establecer el papel que le correspondía a España en el concierto internacional, y redefinir su misión en el mundo. Ya hemos visto que se procedió a la sustitución del personal diplomático tanto en el Ministerio como en el exterior en un intento de expresar la soberanía popular de la representación nacional. Y se afrontó el cambio de los dos conceptos tradicionales de la diplomacia española: el concepto de neutralidad y la realización del ideal europeo a través del compromiso en la Sociedad de Naciones. Respecto a la neutralidad los republicanos se vieron influidos por la I Guerra Mundial y el enfrentamiento entre aliadófilos y germanófilos, hostiles al régimen monárquico se mostraron críticos con una política que consideraban oportunista y negativa para los intereses de la nación. Pero para muchos la neutralidad era la mejor opción posible debido a la poca experiencia gubernamental de los dirigentes del nuevo régimen. Por este motivo los gobernantes republicanos y más concretamente sus representantes en la Sociedad de Naciones se esforzaron por mostrar a España como el mejor ejemplo de pacifismo internacional y crear de esta forma un sentimiento de orgullo en la población española por la plena incorporación de la República en el mundo. A este compromiso pacifista iba unida la reforma militar que debía marcar la función futura de las fuerzas armadas tras una reforma general de sus servicios. De esta forma España renunciaba a “*aventuras exteriores*” y aspiraba a alinearse con las grandes potencias no por ser una nación rearmada y potente militarmente, si no por su esforzado trabajo en aras de la paz, sin renunciar a la función defensiva del territorio nacional por parte del ejército. Este entusiasmo en la defensa del pacifismo elevó al ideal republicano a la categoría de alegato a favor del desarme generalizado en el seno de la Sociedad de Naciones, que en 1931 era precisamente el objetivo principal de dicho organismo. A pesar de la profunda fe que los republicanos profesaban por la Sociedad de Naciones, y que en la Constitución se renunciaba a la guerra como instrumento político, la realidad del contexto internacional llevó a Azaña a realizar planes para la defensa de las costas españolas y la fortificación de las Baleares. Para España los intereses mediterráneos habían ocupado un lugar muy secundario en sus intereses internacionales, y la reafirmación del *statu quo* existente significaba que Gran Bretaña no estaba dispuesta a renunciar a su papel de policía en el Mediterráneo, por lo que no estaba interesada en dar un sitio preponderante a España en sus relaciones internacionales. Alemania la gran derrotada en la I Guerra Mundial tampoco mostraba ningún interés en otorgar un lugar preeminente a España en su diplomacia, excepto en el plano económico que empezaba a crecer en esos momentos. En cambio la llegada del nuevo régimen si supuso para estos dos países una doble preocupación: el trato de favor que podía recibir Francia por parte de España y el peligro de una nueva revolución comunista en el sur de Europa. Para Inglaterra la instauración de una República en España inspirada en el modelo francés sólo podía perjudicar los

intereses económicos británicos en España y fortalecer la posición de Francia en la Sociedad de Naciones, estas preocupaciones eran compartidas por la cancillería alemana. Estos temores parecían confirmarse por la actitud francófila de los dirigentes republicanos, con la excepción del Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, lo que llevaba especialmente a los alemanes a plantearse cuestiones como la posición española ante un conflicto franco-alemán, o el peligro de que por medio de alianzas Francia obtuviese bases en el Mediterráneo o el permiso de tránsito de tropas por la península hacia las colonias norteafricanas. Tras tranquilizar a ingleses y alemanes y solucionar los asuntos referentes al reconocimiento oficial, la diplomacia republicana tuvo que afrontar su primer gran reto, asumir la presidencia del Consejo de la Sociedad de Naciones, cargo que le correspondía por rotación de calendario, lo ocupó el ministro de Estado Alejandro Lerroux, quien demostró en su desempeño su falta de experiencia internacional, a lo que se unió la falta de interés del gobierno republicano respecto a la política exterior, más preocupado por resolver los problemas internos, la gestión de la diplomacia se situaba más en el terreno de la improvisación que en el de una reflexión madurada, aunque el avance en la resolución de las reformas internas hizo que aumentara la preocupación por la política internacional, su contenido iba poco más allá del pacifismo y del internacionalismo. Fruto de este nuevo interés fue el nombramiento de personas cualificadas para ocupar los cargos de importancia, como situar a Salvador de Madariaga al frente de la delegación española en la Sociedad de Naciones. Azaña y Madariaga coincidían y diferían en muchos planteamientos sobre política exterior, ambos tenían un enfoque democrático de las relaciones internacionales, y coincidían en sus deseos de integración y colaboración en la Sociedad de Naciones. Pero sus diferencias se producían respecto a la puesta en práctica de estos planteamientos. Para Madariaga la Sociedad de Naciones era algo más que una “liga” o “asociación” de países, consideraba que debía ser el principio de un gobierno mundial supranacional. Para Madariaga la República debía implicarse sin reservas en una defensa a ultranza de los principios que representaba la Sociedad de Naciones. Dado las ideas que impulsaban a la República, esta actitud podría tener como consecuencia un aumento de la presencia y del prestigio de España hasta cotas nunca antes alcanzadas. Madariaga se quejó de que este objetivo no se alcanzó por la soledad con la que tuvo que afrontar su tarea, la carencia de instrucciones desde Madrid y a la escasa atención que suscitaron sus informes. Gran parte de las impresiones de Madariaga pueden ser ciertas, pero no podemos obviar que él mismo fue responsable de que no se alcanzara el objetivo, ya que sus actuaciones fueron vistas por los diplomáticos extranjeros como su propia política más que como la política de la República a la que representaba. Algo que el mismo Madariaga confirmaba al aseverar que debido a que España no tenía una política exterior definida, la suya era la única posible de aplicar, para ello aprovecho la

falta de instrucciones desde Madrid para realizar una política exterior desde una óptica no exclusivamente española, o para defender sus opiniones personales en los discursos oficiales, considerando que el gobierno republicano no tenía otra opción que aceptarlas y hacerlas propias. Para Madariaga la política internacional tenía que gestarse y acabar en Ginebra y desde allí trazar sus líneas de actuación.

A Azaña se le ha acusado de que no quería saber nada de las relaciones internacionales, que no tenía ideas claras sobre este asunto y de no disponer de suficiente información. Madariaga contribuyó en gran manera a la creación de esta idea, aunque en sus obras escritas nos proporciona una imagen más favorable sobre la actitud en política exterior de Azaña. Si a los textos de Madariaga sumamos las *“Memorias políticas y de guerra”* junto a otras publicaciones del entonces presidente del gobierno republicano, podemos observar que Azaña tenía una visión clara y coherente de lo que tenía que ser la política exterior republicana, otro asunto es que fuera más o menos acertada, o que se desarrollara completamente. Podríamos llegar a afirmar que fue uno de los pocos políticos republicanos que tuvo una auténtica visión de Estado. Estaba de acuerdo con Madariaga sobre el papel que España debía asumir en la Sociedad de Naciones, además de tener una gran confianza en el organismo y sus actuaciones. Pero Azaña tenía una percepción más realista tanto de las limitaciones españolas como de las posibilidades que tenía el organismo internacional para resolver los problemas que debía enfrentar. Esto le llevaba a ser cauteloso a la hora de tener que asumir obligaciones que conllevaran un compromiso militar, por pequeño que fuera, lo que explica que no apoyara a Madariaga en el asunto del conflicto chino-japonés, el apoyo a Zulueta cuando criticó las actuaciones de Madariaga o sus críticas a que olvidara que era el representante de España. Aún así Azaña no renunció a que España tuviera una política exterior que la situara por fin en el mundo, dentro de esta política se apoyó a los republicanos portugueses, se intentó llevar a cabo una novedosa diplomacia en Hispanoamérica, pero su mayor esfuerzo se destinó a garantizar la defensa de la costa e islas españolas y controlar el estrecho ante una supuesta guerra, aunque alguno de estos objetivos pudiera conllevar la oposición inglesa. Azaña y Madariaga coincidían en la valoración sobre la situación y posición de España en el concierto internacional y en los objetivos que se debían conseguir, no ocurría lo mismo sobre cómo conseguirlo. Ambos aspiraban a tener una política exterior independiente española, pero Madariaga veía una serie de problemas que lo impedían: Francia e Inglaterra eran adversarios de España, Estados Unidos era la fuerza antagónica por excelencia, las grandes potencias se opondrían al control español del estrecho en caso de guerra, las obligaciones españolas en la Sociedad de Naciones como garante de la paz podría arrastrarla a la guerra, a lo que

había que sumar los problemas diplomáticos con Portugal e Hispanoamérica. Para solucionar estos problemas Madariaga proponía una batería de medidas económicas, técnicas, culturales y morales. Medidas que pasaban por la nacionalización de los recursos económicos españoles y por el desarme, habría que definir las medidas a tomar frente a Portugal, en Sudamérica la solución pasaba por la colaboración con los Estados Unidos. En el caso del estrecho habría que construir un ferrocarril submarino, en cuanto al asunto de la garantía de la paz por los acuerdos en la Sociedad de Naciones habría que ceñirse al artículo 11, cuya finalidad era preventiva y establecía que cualquier miembro tenía derecho a solicitar en la Sociedad de Naciones que se discutiera sobre cualquier situación que fuera una amenaza para la paz. Reclamaba la participación de España en cualquier posible pacto o acuerdo que garantizase el *statu quo* en el Mediterráneo. Todas sus propuestas eran una constante referencia a la Sociedad de Naciones, donde España debía alinearse con países como Holanda, Suiza, Checoslovaquia, Irlanda y los escandinavos, en el llamado Grupo de los Seis. Azaña no compartía estas soluciones, en el caso de Hispanoamérica y Portugal compartía las tesis de Madariaga en cuanto a la aproximación, pero apoyando iniciativas que las aceleraran aunque fueran poco ortodoxas, en el Mediterráneo coincidencia en cuanto a los pactos y acuerdos en la zona, pero fortificando las Baleares y desarrollando planes militares que garantizaran la defensa; en cuanto a la Sociedad de Naciones, respeto a los pactos firmados, pero sin contraer acuerdos bilaterales que comprometieran la libertad de acción o que pudieran acarrear enemigos; respecto a Francia e Inglaterra cercanía y amistad especialmente con la primera, pero sin renunciar a la independencia de acción; en el problema del desarme se debía apoyar a la conferencia, pero mientras no se llegara a acuerdos concretos, insistir en la reforma militar y dotar al ejército de los medios necesarios.

Como vemos dos conceptos distintos en política exterior, que en el contexto de la coyuntura internacional existente entonces, que nos muestran dos maneras distintas de afrontar una situación internacional que amenazaba con agravarse. Se puede caer en la tentación de calificar a Azaña de realista y a Madariaga de idealista ante este análisis de sus concepciones respecto a las relaciones internacionales, aunque lo que sí se puede afirmar es que el primero había entendido mejor una situación internacional cada vez más conflictiva. Pero estos planes se planteaban, a pesar de las limitaciones de la diplomacia española, para responder a los mismos problemas con los que se enfrentaban todos los gobiernos europeos de la época. Madariaga pretendió encabezar una política independiente que diera a la política exterior republicana un lugar preponderante en la nueva organización del mundo basada en los principios democráticos, adquiriendo de esta forma una

posición de fuerza e independencia. Estos planes chocaron con la posición hegemónica de las grandes potencias en la Sociedad de Naciones.

La política exterior española en el primer bienio republicano fue vista como pro francesa, en este marco podemos situar la visita del Ministro de Estado francés Herriot en 1932, el que Zulueta defendiera ante el embajador italiano, Guariglia, las tesis francesas sobre el desarme. Como pro francesa podemos calificar la reacción de Zulueta ante el “*pacto a cuatro*”, quien mostró la preocupación del gobierno republicano ante el embajador francés por un pacto que al margen de la Sociedad de Naciones dejaba la suerte de Europa en manos de las grandes potencias, algo que, según consideraba el gobierno español, no beneficiaba las relaciones internacionales y debilitaba a las potencias democráticas, especialmente a Francia. Aunque realmente la posición española respondía al temor de que se cumpliera el primer proyecto diseñado por Mussolini para el pacto de las cuatro potencias y se reordenara el mapa colonial. La actitud pro francesa de la diplomacia española comenzó a cambiar en mayo de 1933, cuando Francia no apoyó como Zulueta hubiera deseado el Plan Mac Donald de desarme, que en opinión de Zulueta aunque imperfecto era preferible su aceptación y evitar así un nuevo distanciamiento de Estados Unidos de los problemas europeos o que los británicos fueran aún más ambiguos en sus relaciones exteriores. Si esto se producía, según Zulueta, España no podría tomar decisiones al margen de las grandes potencias, ni olvidar que España tendría que garantizar su seguridad en caso de guerra. En ese momento hubo una serie de iniciativas que podrían haber supuesto el mayor éxito de la diplomacia republicana. Los italianos ofrecieron renovar anticipadamente el tratado de amistad de 1926, este tratado tenía que aclarar el panorama entre ambas naciones y crear un clima más propicio para las relaciones bilaterales, para llegar a ello fue importante la decisión con que Azaña acabó con la sanjurjada, unido a la falta de unión de las derechas españolas, aspectos que llevaron a Mussolini a optar por la distensión con un régimen que parecía consolidarse, además de valorar positivamente el que la República comenzara a flexibilizar su política exterior. El nuevo ministro de Estado Fernando de los Ríos inicio contactos para preparar un posible acuerdo para garantizar el *statu quo* en el Mediterráneo con Francia e Inglaterra que incluyera a Italia. La propuesta llegaba al poco de firmarse el pacto de no agresión ítalo-soviético, además el buen funcionamiento del pacto a cuatro contribuía a la distensión que hacía posible un mayor acercamiento entre las potencias mediterráneas. Finalmente no se culminó con éxito ninguna de las dos iniciativas, el acuerdo bilateral con Italia y el pacto sobre el Mediterráneo y definitivamente la salida del Gobierno de Azaña puso término a las esperanzas creadas en ellas.

Durante el primer bienio la República perfiló una política exterior, que con sus limitaciones, fue digna de este nombre, quizás fue el único momento en que existió diplomacia republicana.

### **3.- LA POLÍTICA EXTERIOR DEL BIENIO RADICAL-CEDISTA.**

La victoria de las derechas en las elecciones del 19 de noviembre de 1933, conllevó entre otras muchas acciones la reorientación de la gestión de la política exterior republicana. Pero si hay algo que caracteriza este periodo es la acusada inestabilidad ministerial, al frente de la cartera de Estado se sucedieron seis ministros, ocupando algunos la cartera por periodos muy cortos, hecho que agravó la situación de la diplomacia española, en las cancillerías europeas se veían estos constantes cambios con escaso interés. Teóricamente la política exterior de las derechas en este bienio supuso una ruptura con la desarrollada entre 1931 y 1933, el gobierno radical-cedista consideraba que el mantenimiento de las amistades tradicionales en el exterior tal y como las había planteado Azaña suponían una amenaza para España en caso de guerra. Las potencias contrarias a Inglaterra y Francia podían considerar estos lazos como una alianza implícita, lo que arrastraría a la nación a un conflicto armado, por ello había que alejarse de la política de alianzas llevada a cabo hasta entonces y buscar nuevos apoyos internacionalmente más conformes con la nueva mayoría en las Cortes. Desde la prensa española derechista (*La Nación*, *El Debate* y *ABC*) se iniciaron campañas contra Inglaterra, utilizando a Gibraltar, y Francia, en este caso se explotó la expansión colonial en Marruecos, se cuestionó el *statu quo* en el Mediterráneo reclamando una política revisionista rechazando las alianzas contra los dos enemigos seculares que dañaban los intereses nacionales. La prensa más implicada en la “*lucha*” antibolchevique elogiaba las acciones de Hitler por su tono antimarxista. Aún después de que los nazis abandonaran la imagen conciliadora de sus primeros días, esta misma prensa miró hacia otro lado cuando se conocieron las políticas racistas de Hitler, llegando hasta a asumirlas culpabilizando a los judíos como principales responsables del comunismo internacional, utilizando los más rancios tópicos del antisemitismo cristiano. Las preocupaciones generadas por la violencia física contra los católicos alemanes se calmaron tras la firma del Concordato entre Berlín y la Santa Sede, aunque la prensa criticó las campañas de esterilización de los minusválidos y los enfermos mentales o la noche de los cuchillos largos en junio de 1934. Esta simpatía de las derechas hacia el régimen nazi encontró un reflejo lógico en la política exterior republicana, pero sin que dicha política tomara un giro totalmente germanófilo, y se mantuvo el principio de mantener en los cargos diplomáticos al personal fiel a la República, por lo menos hasta la entrada de la CEDA en el gobierno. La revolución de octubre de 1934 vino a incrementar las dudas sobre la estabilidad política de la República, especialmente en Inglaterra y Alemania, donde crecía la preocupación sobre la



posibilidad de que se diera una nueva revolución comunista en España, algo que preocupaba a las derechas españolas que veían que esta posibilidad unida a las tensiones que se daban en ese momento en Europa (Sarre, Austria, Mediterráneo oriental...) haría que fuera difícil mantener la neutralidad española en caso de guerra. Se cuestionaba también la fiabilidad del ejército español para defender la península, las acusaciones se centraban en la reforma militar emprendida por Azaña, reforma que fue frenada, manteniendo las fuerzas armadas españolas su deplorable estado, Gil Robles durante sus seis meses al frente del ministerio de la Guerra centró sus esfuerzos en reorganizar el ejército, intentando cubrir lo que pensaba eran las necesidades del ejército y dar respuesta a la necesidad de seguridad nacional, pero también encaminó sus pasos a convertir al ejército en un instrumento de la voluntad nacional cómo había sido en el pasado y no en una fuerza neutra cómo había sido la intención de Azaña, su propósito no era otra que conseguir que los militares fueran uno de los pilares que sustentaran una República más conservadora. En este ambiente de tensión la fortificación de las costas y de las Baleares volvió incorporarse a los principales objetivos del gobierno.

Mientras tanto continuaban en Ginebra las conversaciones sobre desarme, desde un principio fue evidente que estarían marcadas por el enfrentamiento franco-alemán, las numerosas fricciones entre alemanes y franceses llevaron a la paralización de la Conferencia, al rechazar los primeros el plan constructivo francés, España revisó sus planteamientos iniciales siguiendo las recomendaciones de Madariaga, aunque el plan francés tenía evidentes coincidencias con las propuestas españolas en cuestión de desarme, para la delegación española faltaba una iniciativa más enérgica en materia de desarme aéreo y cualitativo. Pero la opinión española estaba lejos de ser aceptada por los participantes en la Conferencia, si exceptuamos a los países influidos por Francia en su política exterior como Bélgica o Grecia, las críticas de la delegación italiana que consideraba que la exclusión inglesa vaciaba de contenido el principio de asistencia mutua, críticas compartidas por los propios ingleses y por los alemanes. La Conferencia se encontraba en un callejón sin salida del que no se podría salir sin un plan global que fuera apoyado por todos los participantes, este clima de tensión que dificultaba las relaciones internacionales inquietaba a las naciones pequeñas y a los países neutrales, entre ellos España. En ese momento se recrudecía el conflicto en Extremo Oriente, Japón se retiró de la Sociedad de Naciones, las hostilidades se propagaron hasta América Latina y se iniciaron las persecuciones nazis, hechos que indicaban el nivel de degradación del orden en el mundo y la lenta pérdida de influencia de las instituciones ginebrinas. Madrid estaba molestó por la propuesta de Mussolini de que las grandes decisiones fueran tomadas por Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, ya que dada la gran cantidad de países que componían la Sociedad de Naciones

hacía imposible que se garantizase la paz. España fue muy crítica con este pacto a cuatro que preveía el mantenimiento de la paz bajo su égida, la actividad de la diplomacia española fue febril, intensificando los contactos con otras representaciones diplomáticas, especialmente con Francia, la postura española ostensiblemente favorable a la Sociedad de Naciones, fue apoyada por los países neutrales como Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza, Bélgica y los Países Bajos. La intervención de Roosevelt a favor del plan Mac Donald y la posición aparentemente conciliadora de Hitler, parecieron venir a calmar los ánimos y propiciar una mayor participación norteamericana en la escena internacional. Zulueta recibió con esperanza el mensaje del presidente de los Estados Unidos, pero no despertó demasiado entusiasmo entre los diplomáticos españoles, igual que no dieron demasiada credibilidad al discurso del canciller alemán, decepcionados por que todo se centrara en el desarme y no en la seguridad nacional, algo que preocupaba sobremanera a los representantes españoles especialmente sensibles en un contexto internacional cada vez más convulso, lo que les llevaba a no albergar demasiadas esperanzas sobre los resultados que pudieran obtenerse en la Conferencia de Desarme. Este escepticismo estaba basado en que la Sociedad de Naciones se estaba dividiendo en dos clases de naciones, por un lado las grandes naciones, divididas entre ellas, y por otro los países con una influencia limitada, unidos pero sin posibilidad de decidir en los temas que afectaban a la paz. Madariaga explicó en las siguientes sesiones que el plan Mac Donald impedía a las naciones no incluidas en el “*pacto a cuatro*” garantizar su defensa, Madariaga se erigió en el mayor defensor en estas conversaciones de los derechos de los países neutrales, pero la oposición de las grandes potencias evidenciaba que las conversaciones no llegarían a buen puerto, por ello se implicó en la elaboración de un segundo proyecto que satisficiera a estos países, proyecto que chocaba con los intereses británicos, a ello se unió un cambio brusco del clima internacional, en cuestiones económicas se planteó un enfrentamiento entre los países defensores del bloque oro (Francia y España entre ellos) y los que apostaban por un mayor pragmatismo económico (Inglaterra y Estados Unidos), Inglaterra y Francia se distanciaron aún más en el asunto del desarme, enrarecimiento que tuvo su culminación con la acción alemana sobre Austria, que despertó una honda preocupación en los medios diplomáticos franceses e ingleses, pero Madariaga que seguía de cerca estos acontecimientos se negaba a aceptar el fracaso de la Conferencia de Desarme. En 1934 Suecia lanzó una iniciativa para relanzar una acción conjunta dentro de la Sociedad de Naciones que perturbó los planes españoles, en la que se incluía la propuesta de Noruega de incorporar a Bélgica en el Grupo de Seis, ya que podía darse la impresión de alinearse demasiado con los intereses franceses, lo que paradójicamente preocupaba al delegado francés. Madariaga abandonó su puesto en Ginebra para asumir la cartera de Instrucción Pública lo que unido a la citada fluctuación de titulares

en Estado permitió maniobrar a la delegación española al margen de los intereses franceses e intentar dar un nuevo impulso al Grupo de los Seis. El objetivo fundamental era presentar a la diplomacia republicana cómo un elemento que conciliase las opiniones encontradas, alejándose de las interpretaciones de las grandes potencias, y mostrando a los países neutrales cómo a los únicos que estaban capacitados para buscar las soluciones que fueran aceptables por unos y otros. La diplomacia británica movió ficha, tras los contactos entre su embajador en Berlín y los alemanes Inglaterra presentó un nuevo memorándum en el que se recogían algunas de las peticiones germanas, pero esta nueva propuesta levantó recelos entre los neutrales, por lo que Londres intentó que España apoyara su plan, debido a su posición en el Grupo de los Seis. Suecia propuso que España, Suecia, Suiza y los Países Bajos realizaran una declaración conjunta en la que se expresara el acuerdo con la iniciativa inglesa, la postura española difería de la sueca, haciéndose eco de las críticas al Plan Mac Donald y solicitaba un desarme aéreo total, además de establecer un férreo control sobre la fabricación de armamento y los presupuestos militares. Pero el gobierno no apoyaba al ministerio de Estado en este asunto y se inclinaba por solicitar un aplazamiento de la propuesta sueca. El ministerio de Estado demostró tener reflejos e informo que se abstendría de cualquier tipo de intervención exterior en caso de desacuerdo entre Inglaterra y Francia. Al gobierno español le preocupaban las represalias contra sus exportaciones, especialmente en el caso de Francia, por ello se aplicó en evitar que Francia quedara aislada en Ginebra, no sólo por las posibles incidencias en el comercio exterior, sino también por qué esta situación llevaría al fracaso definitivo de las conversaciones sobre desarme y el final del ideal societario. Pero la presentación de un nuevo memorándum francés vino a arruinar las probabilidades que los neutrales tenían de conseguir que Francia aceptara un rearme aunque fuera limitado de Alemania, primando para los franceses la necesidad de garantizar su propia seguridad. Cuando se conoció el texto francés sus consecuencias no pudieron ser más nefastas: se rompieron de inmediato las conversaciones sobre desarme y se demostró que era casi imposible que Francia y Alemania llegaran a algún tipo de acuerdo, por último redujo a la nada las propuestas realizadas por el Grupo de los Seis, eliminando cualquier posibilidad de mediación de las pequeñas potencias en favor de la paz. Para los países neutrales el fracaso de la Conferencia de desarme no fue percibido como una derrota, sino como un éxito de sus propuestas, que si no habían llegado a buen puerto había sido por el egoísmo de las grandes potencias, y no por culpa de ellos que habían hecho todo lo posible para que la Conferencia se cerrara con acuerdos que satisficieran a todas las partes. España no perdió la esperanza de que en Ginebra se alcanzara un acuerdo aunque fuera de mínimos que garantizara la paz, y definió su postura como de neutralidad que era aceptada por la opinión pública cómo la única posible. La derecha española consideró que Francia era culpable de la situación creada

por no aceptar el plan inglés, esto ayudo a aumentar las simpatías proalemanas de la coalición gobernante, lo que asimismo aumentaba la credibilidad del plan británico. La política española en Ginebra osciló a partir de entonces entre los puntos de vista franceses e ingleses aunque prefiriendo este último.

En marzo de 1935 otro suceso vino a perturbar el convulso panorama europeo, Alemania hizo público su rearme, aunque alejada geográficamente de estos acontecimientos, el hecho preocupó al gobierno español que vio peligrar el *statu quo* europeo, desde enero había iniciado la diplomacia española gestiones encaminadas a que Alemania volviera a ocupar su sitio en la Sociedad de Naciones, pero las discrepancias entre los países neutrales hicieron que fracasara cualquier tipo de mediación ante Alemania, el apoyo de algunos de estos países a los postulados británicos llevó a la práctica desaparición del grupo en el que se alineaban. Ante las diferentes opciones de sus socios diplomáticos, España se situaba entre los que comprendían el deseo de rearmarse de Alemania debido a las duras condiciones impuestas en el Tratado de Versalles y la intransigencia de Francia en la Conferencia de Desarme, pero al no afectarle directamente el asunto Madrid optó por no tomar una postura pública sobre él, manteniendo la tradicional postura de reserva prudente en espera de lo que hicieran las potencias. Pero esta posición provocó las iras del resto de los neutrales que acusaron a España de tratar siempre de estar a buenas con todo el mundo. Cuando la situación más se complicaba con la desconvocatoria de las nuevas reuniones sobre desarme, el fracaso de las conversaciones anglo-italianas sobre el Mediterráneo y poco tiempo antes de la invasión de Etiopia por Italia, acaeció la crisis que terminó con el gobierno Lerroux, aunque esta crisis no afectó a la política española en Ginebra se incrementó su actitud de vaguedad, debido en gran parte a las noticias contradictorias que se emitían desde Madrid sobre su voluntad de mantenerse neutral en caso de conflicto armado. Desde ese momento toda la diplomacia giró en torno a las posibles sanciones a Italia por la agresión a Etiopia, aprovechando España para volver a presentar reivindicaciones sobre Tánger, ante la firmeza de la postura de Inglaterra y Francia, Madrid optó por distanciarse del conflicto, volviendo España a su postura ambivalente e inconsistente.

#### **4.- LA POLÍTICA EXTERIOR DEL FRENTE POPULAR.**

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, alarmó a las cancillerías europeas que vieron en este éxito electoral la antesala de una revolución comunista en España. El nuevo gobierno se apoyo en las organizaciones políticas que podían restaurar la imagen de la Republica, imagen bastante dañada desde 1934. Pero a los nuevos gobernantes les preocupaban

problemas como la cuestión catalana o la dramática situación que atravesaba el campo español, por lo que la política exterior fue dejada de momento de lado. El programa electoral con el que las izquierdas habían llegado al poder centraba sus esfuerzos en reformar profundamente la sociedad española, concediendo una atención meramente teórica sobre la política exterior, insistiendo en las líneas anteriores de la diplomacia española, en definitiva la política exterior española se limitaría a ceñirse a los principios y métodos de la Sociedad de Naciones. La actuación respecto a las relaciones internacionales no se basaría en principios abstractos sin sentido, o en la ortodoxia ideológica, se intentaba tomar conciencia de la situación que se estaba gestando en Europa, sin abandonar la tradicional neutralidad republicana, de hecho las primeras decisiones del gobierno Azaña no apuntaron a un cambio de rumbo. Para Inglaterra la mezcla de idealismo a favor de la Sociedad de Naciones y la inconcreción de las informaciones que salían de Madrid no reflejaba otra cosa que la improvisación de los nuevos gobernantes, según el Foreign Office Madrid no tenía planes concretos en política exterior limitándose a vivir al día. Prueba de ello fue la postura de España ante la remilitarización de Renania por parte de Alemania, donde España defendió una condena moral, pero no era favorable a aplicar sanciones contra Alemania por las discrepancias entre el resto de las grandes potencias. España se apartó de las discusiones del conflicto al considerar que se podía implicar más allá de lo que le exigían sus obligaciones internacionales. La militarización de Renania era una violación flagrante del derecho internacional y de los acuerdos en vigor, pero no había ninguna cláusula o artículo que obligara a España a asumir más responsabilidades que las obligaciones societarias que le correspondían. El embajador Barcia se adhirió al proyecto de resolución franco-belga que se limitaba a condenar a Alemania en el marco estricto del Tratado de Locarno, Francia se sintió satisfecha por esta decisión que venía a reafirmar su posición, pero enervó a los ingleses que esperaban el apoyo español a que se examinasen las propuestas alemanas y se buscara una solución en el marco de la Sociedad de Naciones, las diversas conversaciones iniciadas para solucionar el conflicto en Londres y Ginebra encallaron ante la firmeza de la postura de Hitler, finalmente se acabó aceptando la remilitarización de Renania como un hecho consumado. Este episodio en el que la diplomacia republicana tuvo una actuación marginal terminó teniendo una gran incidencia en la política exterior española, este fracaso hizo que aumentaran las críticas hacía la incapacidad de Ginebra para solucionar cualquier problema, algo que llevó a que la República tuviera que replantearse como justificar la presencia española en el organismo supranacional. Lo que no llegó a solucionarse al sublevarse una parte del ejército español contra el Gobierno de la República el 18 de julio de 1936.

## **5.- LA POLÍTICA EXTERIOR REPUBLICANA DURANTE LA GUERRA CIVIL.**

Tras el fracaso del golpe de Estado del 18 de julio la prioridad diplomática republicana fue adquirir armamento con el que poder hacer frente al ejército sublevado, las primeras gestiones se hicieron en Francia ante el gobierno del Frente Popular de León Blum, quien en principio se mostró dispuesto a vender armas a la República española, pero la recomendación del gobierno británico al francés de prudencia respecto al envío de armas a España, unida a la campaña de las derechas francesas contra la venta y la crisis que provocó en el propio ejecutivo francés llevaron a Blum a replantearse su posición inicial renunciando al envío de armas a España, impulsando posteriormente el Acuerdo de No Intervención, que rápidamente secundó e impulsó el gobierno británico. Las embajadas españolas fueron a partir de ese momento objeto de las constantes idas y venidas de personajes de toda calaña que intentaban vender armas a la República desde traficantes hasta aventureros que ofrecían su macabra mercancía al Gobierno republicano. Con la llegada de Álvarez del Vayo a la cartera de Estado en septiembre se inició la ofensiva diplomática republicana para que se reconocieran sus legítimos derechos, una de sus primeras actuaciones fue solicitar que se levantara el embargo al que se estaba sometiendo a un gobierno legal y que se condenase la intervención extranjera a favor de los rebeldes terminando con la permisividad sobre este tipo de actuación, aunque la reclamación española tenía una fuerte base legal el Foreign Office la rechazó al considerar que la República no tenía un Gobierno estable estando el país regido por la chusma. Las violaciones del Acuerdo de No Intervención por parte de Italia y Alemania no encontraban suficiente eco en este organismo, en el que además no estaba representada la República, por lo que Madrid decidió elevar sus protestas ante la Sociedad de Naciones, aunque su pacto no aludía a las guerras civiles, pero si tenía competencias en cualquier asunto que hiciese peligrar la paz, una vez más se demostró la ineficacia del organismo, Londres y París no consideraron que Ginebra fuera el lugar adecuado para discutir el problema español, además Alemania no pertenecía a la Sociedad, e Italia boicoteaba sus sesiones hasta que no fuera expulsada Abisinia, debido a todo ello los debates sobre la guerra civil española se limitaron al Comité de Londres. A pesar de todo ello la República consideró a la Sociedad de Naciones como el foro útil para denunciar su situación, Álvarez del Vayo en su intervención el 25 de septiembre calificó de monstruosidad jurídica la formula de la no intervención, que situaba en el mismo plano al gobierno legítimo y a los insurgentes, no tuvo mucho éxito la petición del ministro republicano que sólo encontró el apoyo de México a sus reclamaciones, realizando Francia, la Unión Soviética y Portugal una defensa del Acuerdo de No Intervención, el resto de delegados no hizo ni una mención al problema español. Ninguno de los esfuerzos de mediación llevo a buen puerto, por lo que a

principios de 1937 los dirigentes republicanos iniciaron un acercamiento a Inglaterra, siguiendo los consejos de Moscú, no tenían esperanzas de recibir de las democracias europeas ayuda militar, pero si esperaban su apoyo diplomático si ofrecían propuestas que condujeran a la paz. Se barajaron todo tipo de proyectos Álvarez del Vayo sugirió al embajador francés que Francia liberara a Abd-el-Krim para que pudiera organizar una revuelta en el Marruecos español, privando de esta forma de las valiosas tropas moras a Franco. Araquistáin por otro lado consideraba que Alemania comprendía que los rebeldes sólo podían triunfar con una desmedida ayuda militar lo que les debilitaría frente a un futuro conflicto europeo, por lo que propuso conceder a Alemania un empréstito financiado con las reservas de oro españolas a cambio de que Hitler dejara de ayudar a Franco. Ambas ideas se sitúan dentro de un optimismo infundado, aunque compartido en algunos puntos por Francia que estaba dispuesta a hacer concesiones a Alemania si esta cesaba en su ayuda a los sublevados. El 9 de febrero de 1937 el Gobierno republicano envió un memorándum en el que se incluía la sugerencia de ceder el protectorado español en Marruecos a Inglaterra y Francia ofreciendo a Alemania alguna ventaja, Vayo tranquilizó a sus colegas inglés y francés, Eden y Delbos, al primero le explicó que en España se instauraría un gobierno socialista moderado de amplia base democrática, que colaboraría política y económicamente con Gran Bretaña, al segundo le ofreció bases en las Baleares y el paso de las tropas francesas hacía las colonias por territorio español, pero Francia no tenía claro que se pudiera marginar a Italia y desde Inglaterra se oponían a otorgar concesiones a Alemania. Esta propuesta republicana no buscaba solamente el aislamiento de Franco, sino también contribuir a la política de apaciguamiento franco-inglesa con Hitler, la propuesta no llegó a plantearse en el Consejo de Ministros por miedo a la negativa de Indalecio Prieto y su capacidad para influir en otros ministros, lo que impedía cualquier iniciativa en política exterior que tuviera que plantearse en el Consejo y con la que no estuviera de acuerdo. Por otro lado Azaña se sorprendió de la ligereza con la que Vayo ofrecía las colonias. Inglaterra a su vez lado rechazó la oferta al considerar que el Gobierno republicano no podía ofrecer algo que no poseía, Marruecos. Azaña consideraba a principios de 1937 que la guerra no podía ganarse por lo que pensó en una mediación internacional que pusiera fin a la guerra, le trasladó sus inquietudes a Azcarate solicitándole que negociara con París y Londres para conseguir un acuerdo con el que la República no saliera derrotada y sin utilizar el término mediación que tan poco gustaba al Gobierno de Valencia. En su encuentro con representantes del Quai d'Orsay garantizó que en España la situación se había reconducido, mejorando tanto en lo militar como en lo referente a la autoridad gubernamental, para Azcarate era primordial la retirada de los efectivos extranjeros bajo supervisión internacional acompañada de la suspensión de las hostilidades, estos puntos debían ser decididos por una comisión internacional de

control, pero en ningún caso negociado con los rebeldes, evitando de esta forma cualquier tipo de contacto entre el gobierno republicano y los militares sublevados, en estas condiciones planteadas por el embajador en París coincidían tanto el Presidente de la República como el ministro de Estado, Álvarez del Vayo. Por otro lado Araquistáin, embajador en Londres, convencido de que la retirada italiana y alemana sólo se podía conseguir comprándola, sondeo al embajador italiano y al alemán en la capital inglesa sobre esta posibilidad por medio de terceros, intento que fracasó por las desmedidas pretensiones italianas sobre Mallorca, convencido de que su solución era la única viable consideraba que los intentos de mediación ingleses no eran más que estrategias para debilitar a la República, pero al contrario que en el caso de Azcarate las iniciativas de Araquistáin no fueron bien vistas por Álvarez del Vayo. Ante la lentitud de los británicos en cualquier negociación referente a España, el ministro de Estado ideó un plan con el que ganarse a la opinión pública británica, además de plantear un grupo que hiciera frente al fascismo y garantizara la paz, en el que estarían representados además de Inglaterra y Francia, la propia España, Checoslovaquia y la Unión Soviética, un plan sensato y plausible pero que fue recibido hostilmente por la inclusión de los soviéticos. Esta sucesión de negociaciones y propuestas hacían difícil que la República pudiera adoptar una línea coherente en política exterior, algo que se agravó por la desconfianza de Largo Caballero hacía su ministro de Estado. Álvarez del Vayo se tomó en ocasiones libertades que no contribuían al prestigio de la política exterior española, como cuando a comienzos de febrero realizó duras críticas ante el encargado de negocios francés por la actitud de su gobierno, tras la caída de Málaga, actuaciones de este tipo llevaban a los diplomáticos ingleses y franceses a tener una negativa opinión tanto del gobierno republicano como de su diplomacia, a los que se consideraba en la órbita de Moscú. La caída del Gobierno de Largo Caballero y su sustitución por José Negrín llevo a Estado a José Giral un fiel colaborador de Azaña y que había presidido el Gobierno en los primeros momentos de la guerra, Giral se hizo cargo de la diplomacia republicana a sugerencia del Presidente de la República que esperaba así poder influir en la política exterior, algo que no había conseguido con el anterior responsable de exteriores, Azaña consideraba que las relaciones internacionales se habían descuidado en los meses anteriores, a causa por un lado por el desinterés de Largo Caballero en estos asuntos, y por la excesiva atención que Álvarez del Vayo había prestado a la Sociedad de Naciones olvidando las relaciones con los distintos gobiernos europeos. Pero al poco tiempo de asumir la cartera de Estado Giral llegó a la conclusión de que sus compañeros de gabinete no sólo despreciaban las labores diplomáticas sino que ni tan siquiera se esforzaban por tener buenas relaciones con Francia. Algo que se puede apreciar en el nombramiento del nuevo embajador en París tras la dimisión de Araquistáin por su disconformidad con el nuevo Gobierno republicano, el elegido fue Ángel Ossorio



y Gallardo quien convencido de que no se podía obtener nada de Francia, tomó un tono inadecuadamente pendenciero con los ministros franceses. En septiembre de 1937 de nuevo el gobierno republicano denunció en Ginebra la agresión germano-italiana, esta vez fue su presidente Negrín quien realizó la denuncia que aunque recibió el apoyo inglés y francés no logró la unanimidad en la Asamblea para adoptar una resolución contra la intervención extranjera. A partir de ese momento el esfuerzo diplomático se centró en conseguir la apertura de la frontera francesa de forma que pudieran llegar al ejército republicano las armas que tan necesarias le eran, y en intentar que no se le concediera el derecho de beligerancia a los sublevados. Habitualmente se utilizan tres formas para reconocer una insurrección por parte de los estados extranjeros, reconocer a los insurgentes como gobierno legítimo, lo que implica romper relaciones con el gobierno antes reconocido; reconocer el derecho de beligerancia, tanto al gobierno legítimo como a los insurgentes, esto lleva aparejado que ambos bandos pueden actuar frente a terceros como estados en guerra; o intercambiar agentes semioficiales con los insurgentes mientras se mantienen relaciones con el gobierno legítimo, esta última fórmula fue la elegida por los británicos para realizar contactos diplomáticos con Franco. En la primavera de 1938 los dos focos de tensión en Europa eran España y Checoslovaquia, en la reunión de marzo de ese año del Comité Permanente de Seguridad Nacional francés se discutieron ambos problemas, en el caso checo la cuestión era como intervenir a favor de su aliado en caso de que Alemania lo invadiera, en el caso español como actuar si como resultado de la ofensiva lanzada por los rebeldes en Aragón tropas italianas o alemanas llegaban a la frontera francesa en Cataluña, la conclusión fue que era más sencilla la intervención en terreno español que una ayuda militar a los checos, el encargado de negocios francés en Barcelona, Morel, alertó sobre el peligro que supondría una intervención armada a favor de la República, a la que Italia respondería de forma contundente, finalmente Franco decidió tomar Valencia y no Cataluña, lo que supuso un alivio para el Gobierno francés, aunque a partir de entonces fue más permisivo con el tránsito de armamento por sus fronteras con destino a la República. Negrín basó toda su estrategia en resistir hasta que estallara el que él consideraba inminente enfrentamiento entre las potencias fascistas y las democracias europeas, esperanza que se desvaneció el 30 de septiembre de 1938 al ceder Inglaterra y Francia a las pretensiones de Hitler sobre Checoslovaquia, tras esta desilusión Negrín volvió a insistir en los 13 puntos que había presentado en abril de aquel año para poner fin a la guerra, propuesta que encontró poco apoyo inglés y francés y que Franco se negó a considerar en un momento en el que creía que estaba a punto de lograr la victoria, aceptando solamente la rendición sin condiciones del ejército republicano. Desde la caída de Cataluña toda la actividad diplomática

republicana giró en torno al destino que tendrían los exiliados y refugiados republicanos una vez se consumara la victoria de los sublevados.

## **6.- CONCLUSIONES.**

Las difíciles circunstancias internacionales que acompañaron el devenir de la República mermaron su voluntad pacifista, terminando por realizar una política exterior realista en este periodo, intentando salvaguardar el interés nacional y los compromisos adquiridos en la Sociedad de Naciones. En el Mediterráneo, la situación geoestratégica de España hizo que se mantuvieran las mismas directrices que en la década anterior, aunque con un nuevo estilo definido por las referencias de los nuevos gobernantes. La política mediterránea estuvo estrechamente unida a la europea, especialmente en el marco de la Sociedad de Naciones. Esta política se desarrolló con un doble flujo: la influencia sobre la política republicana en Ginebra de los asuntos mediterráneos y, en sentido inverso, la incidencia de los compromisos adquiridos para la defensa de la seguridad colectiva en el Mediterráneo Occidental y defender los objetivos y expectativas coloniales. La República también afrontó un cambio en las relaciones con Portugal, el efímero entendimiento entre las dictaduras ibéricas se vio truncado con la instauración del régimen republicano, dándose el enfrentamiento y la desconfianza en las relaciones entre ambos Estados, que sólo se suavizaron durante el bienio radical-cedista. La proyección hacia el mundo hispanoamericano también tuvo el nuevo estilo reformista que la República intentó dar a su imagen e intereses internacionales, aunque realmente sus resultados se quedaron muy alejados de las expectativas suscitadas. Se abandonó la retórica y el paternalismo metropolitano de la monarquía y se animó a los responsables de la política exterior a reformular estas premisas y cambiar los valores sobre los que se debería cimentar las relaciones con Hispanoamérica. La redefinición de los principios y las orientaciones que la II República pretendió realizar en la formulación y ejecución de su política exterior parecen no responder a un programa elaborado de relaciones exteriores del Estado, sino más bien a unas perspectivas y directrices compartidas mayoritariamente por las élites tanto políticas como intelectuales republicanas. El deseo innovador y de homologación con Europa impulsado por la República estaba firmemente arraigado en la cultura política reformista en torno al Estado, siendo una pieza fundamental en el intento de canalizar y racionalizar el cambio y el progreso social. No podemos discutir que la Constitución de 1931 interioriza como ningún otro texto constitucional español, hasta ese momento, la legalidad y el compromiso de homologación internacional. El proyecto de regeneración en política exterior fue, por lo menos en el terreno de los principios y del estilo, el más ambicioso y coherente con su tiempo en la España del primer tercio del siglo XX. A pesar de estos esfuerzos reformistas persistieron ciertas

inercias debido al escaso calado que la política exterior y los problemas internacionales tenían en la sociedad española, esta escasa atención a todo lo relacionado con la política exterior tanto por parte de los políticos como de la opinión pública continuó siendo una constante en el periodo republicano.

La política exterior republicana tuvo tres periodos bien definidos: un primero en el que la República intentó ocupar el lugar que sus dirigentes creían que le correspondía, y marcado por la influencia de los dos personajes que intentaron diseñar el rumbo que debía tomar la diplomacia republicana: Salvador de Madariaga y Manuel Azaña, dirigentes que cómo hemos visto coincidían en los objetivos, pero diferían en la forma de conseguirlos, de todas formas España se sumó con fuerza al escenario internacional, defendiendo con pasión su creencia en la Sociedad de Naciones como foro en el que se resolvieran los problemas internacionales. La alineación con los países neutrales fue una declaración de intenciones sobre el pacifismo por parte republicana, aunque se mantuviera en la órbita francesa. Estos dos años son quizás los únicos en los que la República tuvo una línea más definida respecto a sus relaciones internacionales. La llegada al poder de las derechas a finales de 1933 dio al traste con todo lo iniciado, comenzando una etapa en política exterior que podría definirse como errática. Da la impresión que se trata de dos años en los que se intenta llevarse bien con todo el mundo, pero cuyos resultados fueron ir molestando sucesivamente a quienes creían contar con el apoyo de Madrid sin que esto resultara cierto, sensación creada por las contradictorias noticias que se emitían desde Madrid, y a la constante sucesión de ministros de Estado que se dio en este periodo (hasta seis en dos años), no se abandonó el apoyo a Inglaterra y Francia, pero se produjo un paulatino acercamiento a Italia y Alemania. Cuestiones como Hispanoamérica o Portugal fueron orilladas cuando no abandonadas totalmente. El Frente Popular no tuvo tiempo siquiera de plantearse una política exterior propia, ocupada tras el triunfo electoral en retomar las reformas interiores iniciadas durante el primer bienio, que las derechas habían ido desmontando en el bienio siguiente. El posible esfuerzo reformista que se podría haber intentado con Azaña en la Presidencia de la República, se terminó antes de haber empezado al producirse el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, desde ese momento todo el esfuerzo diplomático republicano se volcó en la defensa de la República en todos los foros internacionales en busca del reconocimiento de los derechos que el régimen tenía como gobierno legalmente establecido. Misión verdaderamente titánica debido a la incomprensión e insolidaridad de las democracias europeas hacia la República, otro aspecto que dificultó la labor diplomática republicana fue que algunos embajadores se pasaron al bando sublevado nada más iniciada la guerra. El gobierno republicano se vio privado de poder exponer sus

reclamaciones en los foros donde se decidía su futuro, cayendo en saco roto sus denuncias en la Sociedad de Naciones, por la poca efectividad del organismo que se suponía debía velar por la paz.

Algo que nos demuestra el poco interés que los dirigentes republicanos dieron a la política exterior es lo poco que han dejado escrito sobre el asunto, normalmente unas pocas líneas sobre asuntos en los que participaron o les afectaron directamente. Hay notables excepciones como son los casos lógicos de Madariaga, Azaña o Azcarate.

## **7.- BIBLIOGRAFÍA.**

- AZAÑA, M.: *Memorias políticas y de guerra* (2 vols.). Barcelona, Crítica, 1981.
- AZCARATE, P.: *Mi Embajada en Londres durante la guerra civil española*. Barcelona, Ariel, 1976.
- CALDUCH, R. (coord.): *La política exterior española del siglo XX*. Madrid, Edit. Ciencias Sociales, 1994.
- EGIDO LEÓN, A.: *La concepción de la política exterior española durante la II República*. Madrid, UNED, 1987.
- MADARIAGA, S.: *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*. Madrid, Espasa-Calpe, 1974.
- PEREIRA, J.C.: *Introducción al estudio de la política exterior de España. Siglos XIX y XX*. Madrid, Akal, 1982.
- PEREIRA, J.C. (coord.): *La política exterior de España (1800 – 2003)*.- Barcelona, Edit. Ariel, 2003.
- PEREIRA, J.C. (coord.): *La política exterior de España (1800 – 2003)*. Barcelona, Edit. Ariel, 2003.
- QUINTANA NAVARRO, F.: *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*. Madrid, Nerea, 1994.
- QUINTANA NAVARRO, F.: “*La política exterior española en la Europa de entreguerras: cuatro momentos, dos concepciones y una constante impotencia*” en H. de la TORRE, coord., *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)*, Mérida, UNED, 1991, págs. 51-74.

- QUINTANA NAVARRO, F.: “*España en la política europea contemporánea: ¿secular aislamiento o acomodo circunstancial?*” en *I Encuentro Peninsular de Historia de las Relaciones Internacionales*, Zamora, Fundación Rei Afonso Henriques, 1998, págs. 219-244.
- TUÑÓN DE LARA, M.: *La II República*. Madrid, Siglo XXI, 1976.